**La otra naturaleza: el componente incivilizado de la sociedad en “Lobo Rojo y Caperucita Feroz” de Elsa Bornemann**

MARINO, César Alfonso

UBA – Facultad de Filosofía y Letras

Profesor de Enseñanza media y superior en Letras

**Resumen**

¿Cuáles son las discusiones que se habilitan desde el cuento de hadas tradicional y por qué la escritura de reinterpretaciones de la tradición que éste inaugura puede convertirse en el dispositivo más adecuado para romper con las limitaciones y los constreñimientos asentados por el imaginario social? Problemas como la contaminación, el maltrato animal o el ejercicio gratuito de la violencia se convierten en algunos de los temas sobre los que se reflexiona desde las figuras que habilita el cuento de hadas, mientras se pone en escena otra mirada de la sociedad y lo que, eventualmente, podría haber sido la sociedad si no se hubiera transgredido el camino trazado por la naturaleza.

**Introducción**

Elsa Bornermann escribe un libro acerca de la intolerancia y acerca de las formas de violencia que se justifican en la sociedad para asegurar la felicidad de sus miembros. A lo largo de las páginas de *Lobo Rojo y Caperucita Feroz*, la inversión de los roles de estos personajes cobra sentido y se hace evidente cuál es el proceso de deshumanización que atraviesan las sociedades modernas: vaciar de sentido al ser humano y licuar las implicaciones de su responsabilidad en los procesos sociales que definen su medio de vida.

La destrucción de la naturaleza o, lo que es lo mismo, de las condiciones de existencia de las personas se convierte en el síntoma de una enfermedad enquistada en el sistema de producción capitalista: avanzar a costa de la destrucción; y en el desenmascaramiento de la consigna de progreso ilustrada: el logos del ser humano no se despliega en términos racionales y no nos conduce a la superación de la especie.

En la mirada de Bornemann el ser humano no es un ser superior y, por lo tanto, no puede ser el rector de la naturaleza, ni de las formas de vida que ésta aloja. En comparación con el animal, el ser humano, irónicamente, es menos civilizado y menos apto para sostener y reproducir a lo largo del tiempo, los presupuestos de conservación de una sociedad.

**La naturaleza**

Bornermann contrapone la ciudad con la naturaleza y en este choque, la naturaleza se insinúa como un paisaje ordenado, como una fundación pacífica y, en consecuencia, como el verdadero triunfo de la civilización.

La mentalidad medieval, en cambio, imaginó a la naturaleza como un espacio raudo, salvaje y desordenado; y como el caldo de cultivo de las concupiscencias que degradan al ser humano y lo asemejan a un estadio pretérito al de la razón: el instinto; o sea, a su homología con los animales y su tendencia a bestializarse en medio de la miseria del medio al que están expuestos.

En la naturaleza, para el hombre y la mujer medieval tiene lugar el desenfreno de la pasión y la ruptura con el orden impuesto por la sociedad. En este sentido, es importante recodar que para el hombre y la mujer medieval la Iglesia funciona como garante de sentido y como su horizonte simbólico de representación, o lo que es lo mismo, la Iglesia crea las condiciones de posibilidad del imaginario social y la indagación sobre el mundo y sus formas.

Pero, si la Iglesia se articula como el compedio de los presupuestos que gravan la experiencia del hombre y la mujer medieval, la siguiente etapa corroborará un símil con la representación secular: despojar a la humanidad de su instinto y sus pulsiones autodestructivas. La Ilustración buscará alzarse como el movimiento final para depurar el espíritu del hombre y estirpar de él todo lo que no encaja con el proyecto civilizador, meta que como indica Luis Althuser en *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan* (2003)o *Para un materialismo aleatorio* (2002), se incumple al indagar la manera en la que el logos de la civilización se despliega: legitimar las formas de violencia que se colaban a través del instinto.

Althuser nos advierte que en el proyecto civilizador se distingue un componente incivilizado, y que será ese componente el que socavará la fe en la ciencia y en la consigna de un progreso indefinido. En este sentido, Althuser nos invita a revisar los presupuetos bajo los que acunamos la idea de una sociedad civilizada, para desenmascarar las formas de violencia que se asientan para sostener y reproducir las formas de producción; ¿qué producimos?, ¿cómo producimos?, y ¿desde dónde producimos?; en este sentido, se alzan como la preguntas necesarias para relexionar sobre qué tipo de socidad acuñamos y por qué continuamos sosteniéndola.

Bornemann no duda en ser contundente en su respuesta: la naturaleza era el camino que debió transitarse; porque en la naturaleza se reconocen formas de equilibrio y armonía, formas de tolerancia y preservación de la vida.

**El contrato social**

Jean Jacques Rousseau en *El contrato social* nos propone reflexionar sobre la manera en que ingresamos a la sociedad y sobre el proceso de represión que supone vivir en ella; ¿qué perdemos?, ¿de qué se nos despoja?, ¿cómo asimilamos esa ausencia?, ¿en nombre de qué valor se suplantan los pormenores de nuestros deseos?, ¿por qué aceptamos ese atropello?, o ¿qué ganamos con esa renuncia involuntaria?

Para Rosseau vivir en la sociedad supone renunciar a nuestros instintos y ponerlos bajo el orden que impone un soberano, quien, a cambio, nos promete asegurar nuestra supervivencia y la de la sociedad que ayudamos a construir; sin embargo, ¿es esta la promesa que se cumple bajo el ejercicio del poder del soberano?, ¿es esta ilusión la que finalmente se materializa conforme la sociedad progresa?

Rousseau advierte que en el proceso de socialización se desarrolla bajo una forma de obedicencia que justifica las expropiaciones que se realizan sobre los sujetos que integrarán el cuerpo social y que esa integración, en realidad, es funcional al engrandecimiento y enriquecimiento del soberano, no de la partes de las que el soberano se sirvió para cimentar su poder y su legado; nos inscribimos, en consecuencia, en un orden antinatural que sostenemos en nuestro desmedro y como una forma de desujetivación.

Bornermann sigue una tesis homóloga al proponer la reconciliación con la naturaleza y el abandono de la ciudad en términos simbólicos; porque, ¿de qué otra forma sino podemos entender que el bosque se Zarzabalanda se alce como una segunda sociedad, o como una alternativa para concebir la vida y la manera de conservarla?

En contraposición a la sociedad que se levanta con la modernidad, el bosque de Zarzabalanda se instaura como un espacio que funciona sin atentar contra la vida, sin destruir las formas que se conocieron hasta el momento desde la tradición. Los animales, a diferencia de los humanos, preservan el mundo y las formas que el mundo encontró para conservar la vida: “Sus habitantes convivían felices y contentos; desde los troncos más anchos y las copas más altas hasta las hierbas más delicadas… desde los osos más corpulentos hasta la más frágil de las mariposas. Todos felices y contentos” (Bornemann, 2015: 4).

En otras palabras, la sabiduría de la naturaleza zanja un camino donde el proyecto de la civilizaión se topa con una contradicción: buscando crear condiciones de progreso destruye la vida que se prometió proteger. De este modo, la sociedad de los humanos incumple con su pacto y demuestra que su propuesta queda invalidada desde los mismos cimientos que buscaban sostenerla: la idea de ingresar en la sociedad se amparaba bajo el presupuesto de protegerse de la naturaleza y de que, nuestra propia naturaleza, como componente irreductiblemente salvaje, quedaba resguardada de cualquier atropello, de cualquier exaltación de las pasiones o de cualquier forma de violencia que socabara a la sociedad o los ritos que ésta encontró para sostener sus prácticas.

Sin embargo, Bornemann nos muestra, sin necesidad de criticar abiertamente a las sociedades modernas, que la promesa del soberano falló y que ese incumplimiento se halla presente en la manera en que la sociedad creó las condiciones de su propia destrucción.

**El reverso de la tierra de faery**

Por este motivo, la recuperación de la Caperucita Roja tradicional no puede sostenerse manteniendo íntegro su rol, ni sus caracteres originales; es decir, como la humanidad no es inocente, ni partícipe de la misma experiencia que se gesta en la naturaleza y que se reconoce en el equilibrio que mantienen los vínculos animales, no puede formularse la humanización de un personaje que nos reenvíe a pensar de nuevo la inocencia, la pureza o la ingenuidad.

La Caperucita de Bornemann, en este sentido, asume la faceta más descarnada de la humanidad y nos confronta con problemas donde una y otra vez se exhibe la misma contradicción en el ser humano: crecer y prosperar destruyendo las condiciones en que la vida se conservaba. De esta manera, se entiende por qué su Caperucita forme parte de un eslabón más del progreso y lo que el progreso distingue como forma legítima de producción: la peletería y sus costos, se anuncian desde la busqueda insaciable de Caperucita, quien se desesperará por conseguir las preciadas pieles de los lobitos de Zarzabalanda para armarse una caperuza; despropósito a través del que se entrevé el despropósito más grande de la sociedad: matar para recrearnos en una prenda que pronto caducará y pasará a engordar la basura; esto es, los desechos que conforman la inutilidad del mundo y todo aquello que se olvidará y de lo que se prescindirá.

Cuando esto ocurre, la autora comenta:

“Las personas no habían penetrado aún en ese bosque y a este cuento habría que colocarle -ya mismo- el cartelito de “colorín colorado” si no fuera porque llegó un día en el que esa paz, esa tranquilidad del “había una vez” del principio se convirtió en “otra vez”. Y esa “otra vez” empezó un tiempode miedo en el bosque de Zarzabalanda” (Bornemann, 2015: 4).

En otras palabras, la autora nos da una pista de cómo debe interpretarse la llegada del ser humano al bosque de Zarzabalanda, pues, cuando su Caperucita irrumpe en este espacio, lo corrompe y distorciona su esencia; ya que, antes de su llegada, los animales sólo habían conocido formas de solidaridad y de intercambio armoniosos; para vivir no debían quitarle nada a nadie, ni mucho menos atentar contra sus vidas. Entendían que el respeto era fundamental para preservar el bosque y preservarse a sí mismos; alterar ese epacio no entraba en sus propósitos, ya que hacerlo podía poner en peligro sus propias vidas.

Esta lección, presente también en el cuento de hadas tradicional como mecanismo para educar a los lectores, funciona como una forma de denuncia y cuestionamiento de la humanidad.

**La trama de los colores**

Para marcar esto, la artista que acompaña a Borneman, Cynthia Orensztajn, cambia el tono de los colores de sus dibujos, pasando de colores cálidos a colores fríos; una forma de marcar que hay una transición entre la vida y la muerte, entre la alegría y la tristeza, pautada, por supusto, por el ingreso de Caperucita al bosque de Zarzabalanda y su consecuente corrupción. Es decir, cuando la alegría abandona el bosque, el bosque se prepara para recebir una tragedia; no es casual que cuando el equilibrio se restablezca, el sol vuelva a brillar.

Por otro lado, los colores tematizan los roles de los personajes de manera simbólica. En el relato original, la caperuza roja es una metonimia del tabú y de la violación que consuma el lobo acostándose con Caperucita. Charles Perrault remarca este momento dentro de un final trágico; no hay reparación del crimen y, en consecuencia, el mal triunfa. Bornemann, retoma esta idea, pero la lleva a otro nivel de significación: ahora, el rojo anuncia otro crimen y la transgresión de otra frontera. La vida de lobo rojo, expuesta a la amenaza de su cazadora furtiva, se convierte en una pregunta para todos: ¿por qué aceptamos que se quite una vida para cubrir o suplir algo que nos falta?, ¿acaso vale tan poco una vida?

No obstante, el dilema no termina aquí, porque lobo rojo constituye una excepción y, por el mismo motivo, una rareza entre los miembros de su especie, cuyo pelaje suele ser de color azul en lugar de rojo; pista que nos permite leer el conflicto en clave simbólica y aseverar que la excepción es una ruptura con el orden, un orden que tolera el abuzo de manera pasiva. Se entiende, entonces, que el lobo que protege a lobo rojo, sea un lobo negro, es decir, otro marginado, otro diferente; y que, desde esa marginalidad, organice la manera de contrarestar la incursión de Caperucita: “Lo que había quedado atrás… era el curioso lobito Negro, que corría con la lengua afuera para espiar a su vecino sin que éste se diera cuenta…” (Bornemann, 2015: 32).

El mensaje de nuevo, de esta manera, se hace claro: la única forma en la que la violencia puede prosperar es a través de su tolerancia. Cuando los lobitos, alertados por Lobo Negro vienen en auxilio de Lobo Rojo, cambian el desenlace trágico que anunciaba Parrault en el relato original y crean la condiciones de posibilidad para que tenga lugar otro final: el triunfo del bien; aunque recordándonos que el bien, no está en el ser humano. Por este motivo, Bornemann remarca: “A medida que huía de Zarzabalanda -corriendo de un modo que en vez de una criatura parecía un avión- la Cape pudo escuchar las enojadas voces d elos lobitos, amenazándola” (Bornemann, 2015: 46).

**Conclusión**

El trabajo de Bornemann se apoya en otro concepto del bosque y en otro concepto de la humanidad. Para Bornemann el bosque representa lo prístino y lo aciago, lo puro y lo pacífico; el orden de los lobitos de Zarzabalanda es un orden diametralmente opuesto al orden humano, pues ha alcanzado un equilibrio social impensado: tolerancia y cooperación entre sus miembros. La irrupción de Caperucita, rotulada significativamente como Caperucita Feroz, se hace eco de los improperios de la naturaleza humana, así como de su apetito por la destrucción; la misiva de esta Caperucita, de hecho, se trama en la búsqueda de las pieles de los lobitos y, en particular, de la piel de un lobito: Lobo Rojo; otro rótulo igualmente significativo.

El intercambio que establece Bornemann entre los sintagmas a partir de la relación de especificación que introducen los adjetivos trocados, inscribe al relato en un nuevo contexto y en el diagrama de otro problema: la peletería; y, en consecuencia, en el absurdo que se dirime a través del acto de poner fin a una vida para poder agradar y vestirse, para ostentar y exhibirse. En la lectura de Bornemann, Caperucita ya no puede ser el receptáculo de la inocencia pura, de esa inocencia que se mancillaba sólo por el contacto con el Lobo, un símbolo de la figura del extraño, pero también del abuzo, porque la humanidad enunció a la inocencia.

El Lobo Rojo de Bornemann, en cambio, es dulce y tímido, carente de maldad y se encuentra respaldado por la vigía y protección de un Lobo Negro que invertirá la definición diabólica del imaginario medieval, ya que su consideración y sentido de la responsabilidad comunitaria serán las que salven a Lobo Rojo de las terribles manos de Caperucita Feroz, una figura cuya destrucción injustificada nos interroga para reevaluar una y otra vez nuestra naturaleza: pues, ¿a qué otra especie distinta de la humana se le ha ocurrido destruir sus propias condiciones de vida y, de esta forma, evitar que haya un futuro?

**Bibliografía**

- Althusser, Louis, 2003. *Ideología y aparatos ideológicos del estado. Freud y Lacan*. Buenos Aires: Nueva Visión.

- Althusser, Louis, 2002. *Para un materialismo aleatorio*. Madrid: Arena Libros.

- Bornemann, Elsa, 2015. *Lobo Rojo y Caperucita Feroz*. Buenos Aires: Santillana.

- Grimm, Jacob y Wilheim, 1985. *Cuentos de niños y del hogar I*. Madrid. Anaya.

- Grimm, Jacob y Wilheim, 1985. *Cuentos de niños y del hogar II*. Madrid. Anaya.

- Grimm, Jacob y Wilheim, 1985. *Cuentos de niños y del hogar III*. Madrid. Anaya.

- Rousseau, Jean Jacques, 2014. *Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres. El contrato social*. Barcelona: Gredos.